

CARRANZA ANTE LA HISTORIA

Cuando nuestra historia patria analice los resultados que se obtuvieron por medio del magno movimiento revolucionario contemporáneo, tendrá que anotar en sus páginas —ajenas, como deberán ser, a toda pasión política— el esfuerzo y patriotismo desplegados por el caudillo de la Revolución, don Venustiano Carranza, al cimentar debidamente en el país el desarrollo de las industrias militares e impulsarlas, también debidamente, desde su iniciación.

El Primer Jefe pensaba, con sobrada razón, que la efectiva defensa del territorio nacional, la protección de su soberanía y la seguridad de la estabilidad de su gobierno deberían descansar, originalmente, en una segura base de aprovisionamientos de armas y de cartuchos en abundancia para dotar a los ciudadanos armados que se incorporaran a las milicias del Ejército, en un caso ofrecido. El país debería contar con las fábricas necesarias para producir armas, municiones y equipo para el Ejército. Hasta entonces —es triste confesarlo— habían estado combatiendo los mexicanos entre sí o contra los extranjeros invasores, con armas y cartuchos adquiridos, casi siempre a alto costo, en la vecina nación de los Estados Unidos o en alguna nación europea. La decisión de nuestras contiendas interiores y la suerte de nuestras guerras con los invasores

estaban al arbitrio de quienes, desde afuera, nos proveían de elementos de combate, enriqueciéndose de paso a nuestra costa.

Deseaba el caudillo que el país contara con fábricas de armas y municiones, no solamente en la capital de la República, asiento del gobierno federal, sino también en los puntos que pudieran considerarse como estratégicos mirando a un plan futuro, quizás remoto; pero enteramente factible, de verse en el caso de repeler la invasión de un ejército extranjero.

En su plan estaba también el tener almacenes ocultos de pertrechos, en sitios inexpugnables de nuestras abruptas serranías, previendo el caso de que un enemigo arrollador obligara a nuestras fuerzas a abandonar los poblados y a retirarse a proseguir la campaña en defensa de la patria por el sistema de guerrillas. El patriota mexicano contaría, en todo evento, con un fusil flamante y con todos los cartuchos que fueran necesarios para expulsar del territorio nacional al extranjero que, confiando en su fuerza, se hubiere atrevido a hollar nuestro suelo.



Los Establecimientos Fabriles Militares, desde su fundación, habían sido elementos raquíuticos en periodo de experimentación y funcionando como dependencias del Departamento de Artillería de la Secretaría de Guerra y Marina. En La Ciudadela estaban la Fábrica de Armas, la Maestranza y los Almacenes de Artillería; en Chapultepec, la Fundición de Artillería y la Fábrica de Cartuchos; en Belén, el Laboratorio de Municiones de Artillería y en Santa Fe, la Fábrica de Pólvora.

El Departamento de Establecimientos Fabriles fue creado por órdenes del Primer Jefe como una entidad independiente de la Secretaría de Guerra, a fines del año 1915. El fundador fue el entonces coronel Alfredo Breceda, quien llevando como auxiliar al ingeniero Gabriel Picaso y a don Ángel Ramos Vivanco como empleado, se instaló en una de las oficinas de la Subsecretaría de Guerra, iniciando la labor, que posteriormente muchos jefes, con todo entusiasmo y patriotismo, continuaron.

La producción fabril militar era escasa, mala y cara.

La Fábrica de Armas sólo hacía reparaciones, ajustando pieza por pieza a cada fusil descompuesto. La Fábrica de Pólvora entregaba un producto peligroso para quien lo usaba. La Fábrica de Cartuchos había quedado desmantelada por los convencionistas, que cargaron con la maquinaria al estado de Morelos, a donde nunca fue siquiera instalada.

Había un taller para recargar cartuchos en uno de los locales de la Maestranza Nacional de Artillería. Este taller recargaba los casquillos usando balas no envueltas. Las balas eran de una liga de plomo y antimonio, y al caer un cartucho al suelo, se partía en pedazos; durante el disparo quedaban, en parte, embarradas en el ánima del fusil.

La Primera Jefatura había adquirido la maquinaria que era necesaria para la fabricación de cartuchos; pero el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, país en el cual se había hecho la compra, impedía que fuera enviada a nuestro territorio.

Como aún se combatía en algunas partes de la República, los elementos de guerra, especialmente cartuchos para armas portátiles, se consumían en grandes cantidades y las posibilidades de Fabriles para satisfacer esa necesidad eran casi nulas.

Venciendo grandes dificultades y por una hábil maniobra, se logró que la maquinaria para hacer cartuchos, comprada en los Estados Unidos, llegara a nuestro país. La maniobra consistió en expedir la maquinaria con destino a Cádiz, manifestando que era para usos industriales, no de guerra, y al llegar a Cádiz fue reexpedida a Veracruz.

El Primer Jefe, ya decidido a dar a la industria fabril militar el mayor impulso posible, envió al coronel Breceda a Europa, para tratar de adquirir todos los elementos de que nuestras fábricas carecían. Esta comisión no tuvo buen éxito, porque todas las naciones europeas se encontraban envueltas directa o indirectamente en la Gran Guerra y los elementos que producían eran insuficientes para atender sus necesidades.

En esa lucha para tener cartuchos, transcurrieron el fin de 1915, 1916 y principios de 1917. Varios jefes habían tenido el mando de Fabriles; recordamos al ingeniero Jesús Martínez, al general

Emilio Salinas, al general Ignacio E. Enríquez, al general Rafael Cárdenas, al general Marciano González.

La Fábrica de Cartuchos, con la nueva maquinaria americana, sólo producía un máximo de tres mil cartuchos diarios, que resultaban a un precio de \$1.90 cada pieza. El gobierno, en su afán de salir de esa situación industrial desastrosa, daba la dirección de las fábricas y el mando a un hombre después de otro; pero los progresos eran desesperadamente lentos.

La situación general en el mundo dificultaba terriblemente la adquisición de material de guerra. Nuestra posible fuente de abastecimiento, que eran los Estados Unidos, nos tenían boicoteados, y nuestro gobierno se llegó a ver en situación verdaderamente embarazosa por la carencia de cartuchos.

Los jefes de Operaciones en las diversas regiones del país, recibían órdenes para la ministración de cartuchos en cantidades muy cortas, excepcionalmente más de diez mil, y nombraban un representante, que permanecía en la Fábrica de Cartuchos largo tiempo, en espera de que le llegara el turno. Esta situación angustiosa, motivada por la carencia de cartuchos, tuvo un paliativo, a consecuencia de los hechos que narro en seguida.

Cuando se efectuó el licenciamiento de las fuerzas ex-federales, al triunfo de la Revolución, un comandante militar que operaba en la región del Pacífico, apellidado Rodríguez, desobedeciendo la orden de desarme que le dio el general federal José Refugio Velasco, embarcó pertrechos y se hizo a la mar, tocando en su viaje el puerto de Acajutla, en donde el gobierno de El Salvador, a cargo entonces del presidente don Carlos Meléndez, le decomisó el cargamento, consistente en dos millones de cartuchos. El gobierno revolucionario de México había hecho gestiones, sin éxito, para que esos cartuchos, que nos pertenecían, fueran devueltos.

Nuestro gobierno comisionó al capitán de fragata Urrea para continuar gestionando personalmente ante el gobierno de El Salvador la devolución de los cartuchos. Urrea, antes de iniciar su viaje, fue devorado por unos tiburones al tomar un baño en Cuyutlán. Entonces se nombró al teniente coronel Alberto Salinas

Carranza, en substitución de Urrea, y se dirigió a la República de El Salvador, sabiendo que, de tener éxito en sus gestiones, resolvería una situación que de momento era grave.

En esos días el general Jacinto B. Treviño, jefe de las Operaciones Militares en Chihuahua, había sufrido un descalabro, que le causara Villa, quien amenazaba ya la propia ciudad de Chihuahua.

En los mismos días se organizaba una nueva columna militar, de la cual se daba el mando al general Francisco Murguía, para que fuera a auxiliar a Treviño, quien, en su afán de justificarse, dirigía una serie de ataques al Ministerio de la Guerra, a cargo entonces del general Obregón, por no haberle mandado las municiones necesarias. Naturalmente, la columna de auxilio, a las órdenes de Murguía, también carecía de cartuchos.

Enterado el teniente coronel Salinas de los detalles antes narrados, partió a Centroamérica, habiendo logrado el más completo éxito, pues no solamente le fueron devueltos los dos millones de cartuchos, sino que consiguió el ofrecimiento de que le serían vendidos dos millones más de los almacenes del ejército salvadoreño.

Salinas recibió órdenes de emprender su viaje de regreso con rumbo a Manzanillo, y antes, ultimar el trato de compra de los otros dos millones.

El general Treviño había sido derrotado y desalojado de Chihuahua y el general Murguía, que marchaba en su auxilio, nada podía hacer careciendo de cartuchos; así, el remedio de esa terrible situación dependía de la rapidez con que los cartuchos llegaran a manos de las fuerzas que combatían en Chihuahua. Esto sucedió, y la capital del estado fue recuperada antes de que el villismo tomara nuevamente incremento, por lo que dichos cartuchos fueron calificados como “salvadores”, por los miembros del Congreso Constituyente. Posteriormente, fueron recibidos los otros dos millones de cartuchos, cuya compra había sido pactada. Como premio a su eficacia, el teniente coronel Salinas fue ascendido.

El gobierno de México obsequió al de El Salvador la antigua estación inalámbrica de Chapultepec y dos aeroplanos, los primeros que surcaban el cielo centroamericano.

Poco tiempo después, los cartuchos salvadoreños se agotaban y el problema volvía a presentarse en la misma forma que antes había existido.

La Fábrica Nacional de Cartuchos, que después estuvo a las órdenes del coronel Salinas, principió a trabajar sin descanso. Había talleres que trabajaban dieciséis horas, otros en donde las máquinas para determinadas operaciones de la fabricación eran insuficientes, trabajaban las veinticuatro horas del día.

En la imposibilidad de adquirir maquinaria, por las dificultades que al principio se explicaron, se resolvió producirlas en nuestra Fundición Nacional de Artillería. Se convino en suspender el trabajo los domingos, en cuyo día eran desarmadas las máquinas para hacer los dibujos de sus piezas y reanudar el trabajo los lunes.

Ya disponiendo de los dibujos, la Fundición de Artillería trabajaría día y noche en construir esas máquinas, que poco tiempo después funcionaban eficientemente como las extranjeras.

La producción de la Fábrica de Cartuchos llegó en breve plazo a veinte mil diarios, cuya cantidad era considerada por el Primer Jefe y el secretario de Guerra como un éxito clamoroso, y pasó de ella hasta llegar a noventa mil en veinticuatro horas de trabajo, resultando cada cartucho a un precio de once centavos.

Debe advertirse que no sólo la cantidad de cartuchos producidos era un motivo de satisfacción, sino también de calidad. Al carecer, como consecuencia de la Gran Guerra, del metal alemán para envueltas de balas, se habían fabricado balas macizas de cobre, tomando como materia prima el cable que usaba la Compañía de Tranvías para la conducción de corriente. Estas balas, de forma imperfecta y sumamente duras, acababan rápidamente con el rayado de los cañones de los fusiles, y la Fábrica de Cartuchos logró entonces hacer balas de núcleo de plomo con envueltas de latón, que suplían en forma muy aceptable a las fabricadas con elementos alemanes.

El gobierno había iniciado la adquisición de una fábrica de armas, haciendo gestiones en los Estados Unidos del Norte, adonde había en venta una maquinaria flamante; pero con las dificultades que el gobierno de ese país había puesto, hubo necesidad de

prescindir de esa compra y se pensó que el país al cual podíamos dirigirnos con buen éxito sería al Japón.

En el Japón fueron, en efecto, compradas unas maquinarias para fabricación de cartuchos, una maquinaria para fabricación de armas y algún equipo para fabricación de pólvoras.

Desgraciadamente, la calidad de todas esas maquinarias dejó mucho que desear y dichas compras motivaron la creencia de que nuestro gobierno pensaba aliarse al Japón, siendo esos hechos uno de los motivos de queja que expresó el famoso senador Fall.

El señor Carranza, después presidente de la República, tenía una verdadera obsesión por el progreso de la industria militar; visitaba los Establecimientos diariamente, y en la época en que había gran necesidad de cartuchos, asistía muy de mañana, e inopinadamente se presentaba a medianoche, al salir del teatro o bien después de cenar. Conocía personalmente a todos los trabajadores, estimulaba a los que se distinguían en su labor y no permitía bajas si no eran con causa absolutamente justificada.

Don Venustiano tenía el convencimiento de que por el esfuerzo de los elementos nacionales se llegaría a dominar las industrias militares y rechazaba con verdadero disgusto las insinuaciones que se le hacían para ocupar elementos extranjeros o comprar material de guerra elaborado fuera de nuestra República.

El señor Carranza tomó también especial empeño en que fuera iniciada en México la industria de la fabricación de aceros especiales y ordenó la adquisición de un horno eléctrico, que fue instalado en la Fundición Nacional de Artillería. Por razones que no son del caso, no hubo éxito en los trabajos emprendidos con ese objeto.

La labor del coronel Salinas como jefe del Departamento de Fabriles no se limitó a la parte técnico-industrial y administrativa, sino también abarcó la parte social: escuelas para personal de obreros analfabetos, conferencias culturales, dadas a empleados y obreros por el personal técnico del Departamento.

Los beneficios también alcanzaron al público: la Plazuela de La Ciudadela era un lugar sucio y abandonado, en cuyo centro deslucía el monumento a uno de nuestros héroes máximos: Morelos.

La Jefatura de Fabriles, con autorización presidencial, hizo la obra de embellecimiento de la plazuela, colocando unas estatuas, que fueron hechas en la Fundición Nacional de Artillería, y convirtió ese sucio lugar en un jardín para niños.

